

BALADA DE INTEMPERIE

**Alberdi
Ediciones**

XXX PREMIO DE POESÍA: “BLAS DE OTERO”, DE MAJADAHONDA

Organiza:

Ayuntamiento de Majadahonda. Madrid.

Alcalde de Majadahonda:

José Luis Álvarez Ustarroz.

Concejal de Cultura:

Luis Blanco Valderrama.

Director Técnico de Cultura:

Olimpiades Rivera Pérez.

Técnico Auxiliar en Gestión Cultural:

Esteban García Castellano.

Concejalía de Cultura:

Julio Vázquez Ureña

Rosa Marian Dacosta

Ángeles Pineda Romero

Braulio José López López

Antonio Chafleur Buenante

Óscar Martínez Cuezva

Gustavo Sánchez Morales

Roberto Maderuelo Bustillo

Primera Edición Febrero de 2020

© del Texto: Ignacio Jesús Sánchez-Tembleque

© de esta Edición: Ayuntamiento de Majadahonda

Impreso en España.

Maquetación: Alberdi Ediciones

Diseño de Cubierta: Clara Grimalt

ISBN: 978-84-09-18532-0

Depósito Legal: M-5587-2020

Interior: papel reciclado Nautilus @ Classic - copy- and printingpaper de 90grs/m2

Cubierta: cartulina offset Nautilus @ Classic - copy- and printingpaperde 300grs/m2





**Ayuntamiento
de Majadahonda**

“En Majadahonda, a 25 de junio de 2019, un jurado formado por Dña. Sabina de la Cruz García, D. Mario Hernández Sánchez, D. Juan Van Halen Acedo, D. José Luis Morales Robledo y D. Enrique Gracia Trinidad, quienes actúan como vocales; D. Luis Blanco Valderrama, Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Majadahonda, quien actúa como presidente, y D. Olimpiades Rivera Pérez, en su calidad de secretario, decidió otorgar el XXX PREMIO DE POESÍA “BLAS DE OTERO”, convocado y organizado por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Majadahonda, al libro “BALADA DE INTEMPERIE”, del escritor D. IGNACIO JESÚS SÁNCHEZ-TEMBLEQUE GONZÁLEZ”

Querido lector:

Hace ya 30 años comenzó una ilusionante convocatoria con vocación de apoyo a la creación poética de autores de habla hispana de todo el mundo.

Una convocatoria que nació como un merecido reconocimiento a Blas de Otero, ilustre vecino que vivió y murió en Majadahonda y que es considerado como uno de los más grandes poetas españoles del siglo XX.

La obra “Balada de intemperie” de Ignacio Sánchez, que ahora tienes en tus manos, ha sido la premiada este año en este ya tradicional certamen impulsado por el Ayuntamiento de Majadahonda a través de su Concejalía de Cultura.

Gracias, Ignacio, por acercarnos con este poemario, la envidiable facultad que tenéis, sólo los poetas, de expresar los sentimientos, la contemplación del mundo o de la realidad: el amor, la pena, la soledad, el miedo, el fracaso, la alegría, el desamparo, la nostalgia... a través de la palabra.

Estoy seguro de que este galardón, que no es el primero, es especial para el autor que, además, es vecino y majariego. Para nosotros es un orgullo y una suerte porque de alguna manera el premio se queda en casa. Gracias por hacerlo posible.

José Luis Álvarez Ustarroz
ALCALDE DE MAJADAHONDA

Decía José Agustín Goytisolo que el oficio del poeta consiste en

*Contemplar las palabras
sobre el papel escritas,
medirlas, sopesar
su cuerpo en el conjunto
del poema, y después,
igual que un artesano,
separarse a mirar
cómo la luz emerge
de la sutil textura.*

Y es precisamente ese viejo oficio del poeta el que ha trasladado Ignacio Sánchez a su poemario “Balada de intemperie”, con el que se ha alzado con el Premio de Poesía Blas de Otero 2019, concedido por el Ayuntamiento de Majadahonda.

Ignacio ha contemplado las palabras, las ha medido y, cual artesano, ha conseguido iluminarlas en una obra plena de sentimiento y con la fuerza que desprende su perfecto dominio de los tiempos.

Profesor del majariego instituto de enseñanza secundaria Leonardo Da Vinci, el autor, ya distinguido con otros galardones literarios, alcanza en esta “Balada de intemperie” su plenitud poética, convirtiéndose en avezado espectador de los sutiles recuerdos de lluvias, luces, amaneceres y realidades que, trasladadas a su pluma, devienen en sueños que viajan de la primavera al invierno y de su poesía a nuestras emociones.

Luis Blanco Valderrama
CONCEJAL DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE MAJADAHONDA

BALADA DE INTEMPERIE
IGNACIO SÁNCHEZ

“Obra ganadora del XXX Premio de Poesía “Blas de Otero” de Majadahonda convocado por la Concejalía de Cultura del ayuntamiento de Majadahonda”

Miserable el momento si no es canto.

Claudio Rodríguez

Hoy me he quedado solo en este rostro.
He mirado y estábamos
todos juntos, inmóviles,
atentos a una cámara, a la luz
de un flash violento y súbito.
Y me he quedado solo de repente,
en medio de este día,
en medio de esta plaza también sola,
en un instante apenas,
y no sé cuándo, dónde, cómo ha sido.
Solo he visto el silencio
caer hasta cubrir su propio nombre
haciéndose más hondo cada vez.

Hoy me he quedado solo en este rostro,
en esta simple foto de familia.

Con el añil temprano,
todavía indeciso,
regresa el hondo aliento de la luz,
nos alza en la verdad
tan alta de los álamos, nos puebla
con limpia y tierna llama.
Y está vibrando ahora entre la fronda,
está sonando y vuelven
también las lentas nubes hasta el día.
Míralas agrupándose a lo lejos,
míralas consumiéndose
arrugadas, deshechas
como un papel que arde.
Y esta ciega semilla del recuerdo,
el vuelo caedizo
de las primeras hojas de septiembre
y tanta sombra última
con qué rumor de amanecida humean,
con qué cercana lumbre.
Pues todo está quemándose en el claro
instante y es ahora
la vasta soledad de la mañana.



A mi madre

En qué lugar sin dónde estáis aún
si os oigo todavía,
si estoy oyendo ahora vuestras voces
poblando los portales de la infancia,
sonando con la misma mansedumbre
con que suena la música
vacía de la lluvia en la memoria.
En qué lugar aún,
en qué estación sin cuándo sigo viendo
ahora vuestros rostros,
nombrándoos mientras sigue deshojándose
la fronda recordada y maternal
de todos vuestros nombres.
Y es un momento aún
en esta voz callada, en estos ojos
que no saben miraros.
Y es un instante apenas, solamente
un simple parpadeo
que duele, aunque también
está alumbrándome en su hondura, está
salvándonos ahora en esta lágrima
que todavía es nuestra.

Hay recuerdos que nunca
llegamos a habitar porque, al mirarlos,
solemos verlos desde fuera y son
como nieve que acaba deshaciéndose
sin que nadie la pise.
Hay otros, sin embargo,
que siempre nos cobijan. Basta un leve
temblor en la mirada,
nada más que un instante para vernos
aún bajo su amparo. Ya es de noche,
hemos salido al frío de diciembre
y buscamos un poco
de musgo en los desmontes y en las cercas.
Detrás de nuestros pasos,
que deshace la sombra,
aúlla la ventisca en los caminos
vacíos del invierno y, entre todos,
recogemos la piel amable y húmeda
del belén, repasamos
su magia con los dedos, no podemos
dejar de acariciarla como si
así fuera a ser nuestra para siempre.
Y no, no os acordáis, pero al volver
nadie responde a nuestro timbre, nadie
nos oye mientras cae
la nieve hasta cubrirnos con su ciega
blancura y nadie abre
la puerta mientras sigue
cayendo unánime y final la nieve,
cubriéndonos de años y seguimos,
seguimos en qué noche golpeando
el sordo y frío muro de la infancia.

Suena el viento en la herida
en sombra de esta calle y vuelve marzo
con su distancia en flor, la claridad
crecida de sus horas y sus brotes
tempranos, entreabiertos.
Y en esta plaza donde desemboca
traspasado de tarde,
donde el aire ya tiene
esa cercana densidad de lumbre,
está reuniéndose de golpe todo,
está todo diciéndose
con esa misma melodía,
con ese mismo ruido
con que se quiebra el nombre
de lo que no ha llegado a nacer nunca.
Y no queremos verlo, pero tiembla,
esto a lo que llamamos siempre o nuestro,
esto que nos sostiene y es tan frágil
no deja de temblar,
está temblando y canta
con la belleza amenazada y honda
de estas ramas de marzo
bajo el viento.

De pronto, entre dos pasos, sin saber
por qué, me he detenido,
me he quedado mirando
la lluvia en los alcorques, donde ahora
se encienden los recuerdos como trémulas
y extrañas flores de neón. Subimos
de nuevo a aquellas ramas,
a aquel olor tan súbito
a higuera y tierra húmeda,
a aquella lejanía que veíamos
desde la altura azul
de nuestros pocos años.
No recuerdo qué hacíamos allí
ni a qué jugábamos entonces, pero
aquel aroma fiel siempre regresa,
aquel olor que nunca olemos siempre
acaba regresando
y nos duele y nos canta.

¿Está donde no estamos lo más vivo
de nosotros, aquello que es más nuestro?

Regresa el limpio abrazo
del aire y, con el alba,
se enciende en nuestro rostro nuevamente
su pulsación serena,
la lumbre mansa y honda
de su respiración.
Y qué dormida transparencia late
más allá de los campos,
qué instante este que orea nuestros ojos
y es ya iluminación y nos traspasa.
Porque este claro aliento
del día en la roqueda
alumbra su sentido y a la vez
está escamoteándolo.
Y es ciega plenitud, esquiva llama,
latido ajeno y solo que nos nombra
y, sin embargo, suena
igual que sonará
cuando ya no seamos.
Escucha:
está arrastrando todo
detrás del velo ardido de los días.

A mi padre

Incluso en la certeza
del polvo aún se ve
el limpio anhelo de tu oficio. Estás
aún en estos planos,
en estos viejos planos
que ahora desenrollo. Puedo verte
calculando estructuras,
estudiando las cargas y las vigas
con esa misma entrega con que alzaste
también esto que somos,
con esa voluntad de quien construye
su vida y su memoria.
Escucha: está sonando
el viento en las ventanas.
Desde aquí puede oírse
el bronco cabeceo de los árboles
golpeando los muros.
Y ahora, ahora entiendo
tu claro afán de orden,
la íntima firmeza
de aquello que en nosotros sigue intacto.
Pues esta noche sola,
mientras el viento insiste,
busco, mido, sopeso las palabras,
procuro sostener
con ellas tu recuerdo.

De nuevo este rumor
crecido de la lluvia,
la tarde que se puebla
de luz huida y viento,
y golpea los toldos y el cristal
dormido de la infancia.
Aún, en aquel cuarto,
mientras fuera la lluvia
no deja de caer
y la noche se adensa poco a poco,
está sonando una canción, se yergue
como una hoguera fiel que nos reúne
en una sola y clara cercanía,
en una luz unánime
que sigue llameando en nuestros ojos
con el calor de un sueño,
y aún sigue sonando
y no termina nunca de apagarse.
Tan solo se ve ahora
la urdimbre de la lluvia en las ventanas
haciéndose a la vez que deshaciéndose,
y en la noche sin nadie
me alejo paso a paso. Ya es el tiempo
esta ropa empapada y fría.

Siempre crece el destello
de las ramas más altas,
su anhelo altivo y verde frente al aire
que suena sin sosiego entre sus hojas.
Es suya tanta luz que las sostiene
más allá de sí mismas,
mendigas de lo claro en la mañana,
es suya tanta altura
que aún no han alcanzado.
Y tarde vemos su esplendor ahora,
su savia tan feraz subiendo hasta alumbrarse
por encima de aleros y mansardas.
No importa que su brillo sea otro,
que aún pese en sus hojas
caídas la memoria de la luz.
Ni tampoco que sean
distintos los vencejos que proclaman
sin tregua su verdor desde lo alto.
Pues nunca son recuerdo, sino el vivo
fulgor de cada instante.

Enciéndete en tus ojos al mirarlas.
Escucha el grito añil del día. Y sigue.

Ajena la ciudad
y frío ya el abrazo del recuerdo,
todavía regresan
las horas encendidas
de amistad y de alcohol
que entonces acababan,
igual que un espejismo,
ardiendo en la primera luz del día.
Y además del fulgor
en la mañana densa
de sueño y de deseo,
recuerdo la inquietud que alguna vez
sentía al despedirme,
aquella certidumbre
de haber estado cerca
y al mismo tiempo lejos de mí mismo.
Observa el cielo ahora, cómo abre
y en este instante, haciéndose,
tiembla pleno de alba
con viento que ya es júbilo en la herida
abierta y limpia de la luz. ¿Regresa
también hasta nosotros su latido,
su oleaje tan cierto, su crecida?
¿O todo es siempre víspera de nada?
Huida juventud, besar
tu ganancia también
fue comprender tu pérdida.

Está sonando, vibra la madera,
casi podemos escuchar ahora
sus nudos y sus brotes,
su poda, su recuerdo;
y es una humilde melodía el aire
y es un temblor de nube que se quiebra
abriéndose de pronto en esta plaza,
en esta dura luz de color último
con un fulgor de lluvia.
Porque enseguida todo está quedándose
desnudo en una sola
y ajena transparencia, despojado
incluso de sí mismo,
y vuelve el verde júbilo
que trae abril y abril se lleva, vuelve
todo aquello que nunca ha de volver.
Pues todo es ciega muda y se transforma,
y son un mismo instante deslumbrado
la hora que nos hace
y la hora que acaba deshaciéndonos.

También el alba ahora
se ofrece en este cielo calmo y hondo,
también nos trae la luz
desnuda en su corteza y el destello
de un sueño entre su savia.
Y qué rumor de pasos
que nunca fueron nuestros puede oírse,
qué íntimo camino
aún sigue encendiéndose.
Escucha, sin embargo, nuestros nombres,
están sonando ya
con ese ruido último
del viento que anochece mientras vuelven
a desandarnos todas las preguntas.
En la distancia sola del espejo,
en su fulgor amable,
jugábamos a ser lo que no fuimos.
¿Y nunca fue tan nuestra
la vida como entonces, cuando estaba
en otra parte siempre?

Vuelve a temblar el día en el latido
temprano de la nube, vuelve el viento
y entre las ramas frías, golpeadas,
asoma el sol rasgado de diciembre,
llamea aún
sobre los troncos húmedos.
Ya crece la mañana
y estoy oyendo arder la nervadura
reseca de las hojas que ya son
este humo invernizo,
esta hoguera que ahora
apenas nos calienta. Y, sin embargo,
con qué definitiva transparencia
ya suena tanta savia plena y última,
con qué secreta voz.
Porque el fuego redime cuanto abraza
y pulsa en lo que quema
su canto verdadero, estremecido.

A través de la noche,
a través de los años ya sin nadie,
todavía estoy viéndote desnuda
e inmediata en la insomne
claridad de aquel cuarto.
Allí, en aquella casa, en el cobijo
tan frágil de sus horas,
ardieron nuestros nombres confundiéndose
en una sola dicha
de sudor y de luz.
Tanto tiempo después,
aún duele el fulgor
lejano de tu cuerpo y, sin embargo,
de aquello queda solo
su única certeza: su vacío.
Con los años, vivir
es también habitar
nuestra propia intemperie.

Oigo de pronto aquella
canción, sigue sonando
febril, honda de tiempo, detenida
aún en una tarde ya olvidada.
En el cobijo cierto de su luz,
en su memoria clara, sigo siendo
todavía este fuimos,
las bocas que se buscan, la plegaria
de la piel encendida,
el humo que se adensa en nuestros ojos.
Y la respiración de la madera
con sus vetas de nube, los latidos
de poniente en la cal de aquella casa,
y el júbilo desnudo
y el sudor.
Todo sigue en su música
más allá de sí mismo,
a salvo ya en su propia levedad,
sostenido en su voz y en sus acordes.
Si escucho su belleza,
si puedo oírla y duele, es porque huye,
porque su claridad fue la de un día
de paso entre los días.

Es largo ya el camino
bajo esta claridad ebria de agosto
mientras sigue sonando,
con qué música sola,
el aire en los carrizos;
y el mar, aún lejano, es un cristal
ardido y ya deshecho.
Y qué quietud exhala
el campo en esta hora
febril del mediodía, cuando hiera
la luz y puede oírse
un hervor de cigarras
ensimismado y hondo.
Con el andar vencido
por un calor inmóvil, casi sólido,
he visto, sin embargo, al detenerme,
en mi sombra la sombra
fugaz del día,
en un instante el peso
tan leve de su paso.

—
|
Detrás de la ventana,
todavía
está la luz reuniéndose en nosotros
temprana y expectante,
aún está arropándonos
prendiéndose
en todas las miradas,
sonando aún en todas nuestras voces.
Y extendiendo todavía
mis manos, casi puedo
tocaros, pero estoy
solamente palpando la extrañeza
que habita ya en mi rostro
como el frío
acaba siendo parte del espejo.

La luz de la memoria se sostiene
en su propio vacío y otra tarde
llamea en las cortinas
atónitas de sol mientras regresas
desnuda a la penumbra
de la cama. En mis ojos
te tumbas y te enciendes,
poco a poco te abres
y es una herida
de claridad tu piel,
es una sola
respiración el cuarto
en el aire de junio.
Hasta allí me llevó tu cuerpo, allí
me dejó entre las manos
para siempre la lumbre
huida de su instante.

También despierta este color cansado
de otoño ya tardío y, con el alba,
pesadas de relente aún las horas,
hay una humilde claridad abriéndose
más allá de las calles.

Es el momento en que la luz, temprana
y todavía tímida,

está sonando a soledad y frío,
a sorda transparencia y, sin embargo,
también está diciéndose en nosotros
como un deslumbramiento.

Y crece la mañana al encenderse
el aire traspasado
de limpia intimidad y es una sola
respiración el día.

Y crece, está creciendo este camino,
haciéndose sin pausa y deshaciéndose
en todos nuestros pasos.

¿Y oímos su promesa, su fe limpia,
su tarea diaria, irrepetible?,

¿oímos su memoria?

Sin posarse en nosotros,
sin rozarnos siquiera,
con una extraña levedad de cielo
reflejado en el agua,
acaban siendo nuestros nuestros días.

Y mira cómo pasan hacia cuándo.

Vuelve a sonar la voz
crecida del arroyo, vuelvo a oír,
con el deshielo súbito de marzo,
la urgente letanía de su instante,
de nuevo el claro estrépito
de su palabra ávida.
Porque no cesa su rumor primero,
no deja de nacer
su certidumbre esquiva
y está surgiendo siempre y siempre huye.
Escucha, están llegando
desde el valle
lejanas y apagadas nuestras voces,
está sonando todo
mientras todo enmudece
en el fragor sereno de las aguas,
en su bullicio limpio.

En su algazara honda,
en su clamor sin tregua, todo
apenas es silencio.

—
¿Y qué clara ganancia nos sorprende
después del apagón, en mitad de la noche,
y baja a nuestros ojos deslumbrándonos?

¿Qué monedas son estas que destellan
clavadas en su brillo como esquirlas
de luz hiriente y ávida?

Y vamos a su arrimo, al vivo asombro
de mirarlas, de ver su parpadeo,
su altura luminosa.

¿Y solo somos estos que vacilan
y palpan y tropiezan sin saber
adónde van a tientas por su casa?

Está brillante de niñez la herida
trémula de la lluvia,
está entreabriéndose el recuerdo, y duele,
destella lo perdido en cada gota.
Y tiembla leve en nuestros ojos, mira
su plata tan fugaz
cruzar la sed del aire, está diciéndose
con un dolor que es extrañeza y es
la clara nervadura
de todo lo que somos,
con un dolor que nos sostiene y canta.
Escucha, escucha ahora
con qué aleteo íntimo
nos traspasa su lumbre hasta dejarnos
en qué intemperie nuestra, en qué silencio,
en qué verdad sin nombre.
Y crece aún la lluvia,
está creciendo rota mientras cae
sobre la tierra ciega, removida,
abierta de avidéz en nuestras huellas.
Mira ya tanta luz
huida, resbalada entre los dedos.

Ahora que noviembre ya se acerca
y, al fin, está madura
la herida añil del aire,
y vuelve su cobijo, aunque también
el frío del recuerdo,
están sonando íntimos los días,
las horas, los minutos.
Escúchalos pasar, escucha cómo
ya suturan el sol en cada nube,
el vuelo en cada rama,
la savia en cada nudo de la leña.
Escucha la canción
ardida de sus llamas, la ceniza
de esta poda que somos.
Y ven, acércate.
Mira los rostros que dibuja el humo,
son del color de tantos días idos,
mira su blanca floración. Escucha.
Apenas duele el tiempo ya pues todo,
también nuestra memoria,
está empezando siempre.

Tan súbito en la calma
de la primera luz,
rueda un fragor de escombros calle abajo,
un ruido que ya es eco
y cae en la creciente claridad
poblada de sí misma.
Aún vemos el polvo
alzándose en el alba como un rezo
febril, iluminado,
y oímos todavía
su acorde, que resuena
haciendo más profunda la mañana.
Es el mismo sonido que construye
los muros uno a uno,
es el mismo compás que los sostiene.
¿Y qué techumbre es esta de los días
que no nos da cobijo y está ardiendo
con ciega y sorda llama?

Miro caer las hojas,
su extraña sembradura, que dispersa
de nuevo el aleteo
del frío en la mañana.
Sin rumbo y a merced
del viento, se sostienen en la luz
y, al caer y alejarse
incluso de sí mismas,
con qué serena levedad se entregan,
con qué paciente vuelo.
Ya hay otro mediodía
alzado en el añil,
el sol es ya viveza y las traspasa
con un fulgor cobrizo.
Y ya no son del árbol,
pero tampoco son aún del suelo,
y en su planeo ciego nos reflejan,
en su destello solo.

Al borde del camino,
aquella tarde vi
una vieja señal
de tráfico caída, maltratada
por el barro y el óxido,
vencida en la maleza.
Aún no sé por qué
me detuve a mirarla
ni sé por qué leí
sus letras para nadie,
sus palabras ya inútiles.
Pero aún sigo viéndola
tenaz entre los días,
extraña y elocuente en su abandono.
Acaso está avisándonos
también desde el silencio.

En la tarde apagada
se ha encendido la súbita
melodía de un mirlo.

Desde la fronda ciega, oscurecida,
qué alta claridad nos trae su canto,
qué anhelo de qué lumbre
cuando la luz acaba de caer
ensimismada y última,
y apenas vemos su recuerdo frío
y solo donde mueren
las calles sucedidas.

Ya sopla el hondo viento de la noche,
ya todo es esta sombra
y, sin embargo, suena
todavía
el trino en el cristal
tan trémulo del eco.

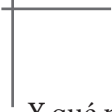
En un instante ha sostenido aún,
cuando ya no alumbraban,
todo el fulgor del día,
todo el añil del cielo.

Llega aterida y, sin embargo, es
también serenidad esta mañana,
y vibra su promesa en el ramaje
desnudo de los álamos con sol
recién lavado y trémulo
de lluvia todavía. Y va poblando
la tersa luz del aire en una sola
y densa claridad, como la nieve
caída se reúne
en una única blancura. Mira,
después de tanta rota floración,
también está quemándose en nosotros
esta tranquila lumbre de diciembre,
también es nuestra ahora
su fría llamarada
que muere al levantarse. ¿Y ves ahí
las gotas deslumbradas que al caer
de las ramas nos muestran
ese raro destello de haber sido?

Aferrado a un talud
y a la verdad primera de su lumbre,
en medio del invierno ya se ve
un almendro encendido.
Entre la piel nudosa
y sucia de una nube y la hondonada
final de una escombrera,
es un instante trémulo
su floración temprana sobre el día,
su fulgor para nadie,
su belleza asomada a su vacío.
Y escucho las crecidas
del viento entre sus ramas, se ha apagado
de pronto el fiel rumor
del mundo y, sin embargo,
está entero mostrándose
en esta terca luz sobre la nada.


Más allá del rumor
cansado de las calles, sigo viéndote
tumbada en aquel cuarto,
abierta en lo más hondo de tu luz
como la tarde tras la lluvia. Vuelve
de nuevo aquel temblor
urgente de tu cuerpo entre mis manos,
aquel instante húmedo
invadiéndolo todo.
Y, sin embargo, sé
que el deseo no puede recordarse
y apenas es posible
nombrarlo a la intemperie de sí mismo,
allí donde a menudo
nos ata su nostalgia.
Regresa, vuelve ahora
igual que entonces, vuelve
hasta que las palabras suenen ya
con ese mismo ruido
apagado y ajeno con que suena
la ropa al desnudarnos.

Tan solo por el súbito
rumor de su aleteo y por sus sombras
veloces en la acera,
he podido seguir
en un instante el rumbo
de su vuelo.
Han pasado y no han visto
dibujarse y perderse
al mismo tiempo el rastro de sus alas,
su huella leve y sola
sobre la solidez
indiferente y ciega de las calles.
Después, al recordarlas,
me han mostrado
su densidad de símbolo.
Está todo escribiéndose,
también estas palabras,
con su trazo de sombra
sobre el día.



(Cerro del Aire)

Y qué mañana nos sorprende ahora
tan honda de llanura cuando llega
helado en el azul el sol de marzo,
qué nueva claridad
se enciende en este cerro
lejano de la infancia y lo redime
desde su lumbre plena,
y alienta en el anhelo de las horas,
en la luz inverniza
que empieza poco a poco a madurar
su tibieza y su peso.
¿Está de nuevo ahora inaugurándonos
en esta soledad
del aire entre retamas casi yertas,
está otra vez abriéndose
el tiempo en este día si aquí es
apenas su memoria y solo vuelve
con pasos que se alejan
por un camino ya sin nadie?



A mi hija.
May your song always be sung.
BOB DYLAN

Escucha la canción que hay en la nieve,
escúchala gestándose,
templándose en la luz y en el anhelo,
madura ya de sol.
Escucha cómo suena,
cómo ya está sonando,
cómo ya está en ti misma incluso antes
de empezar a sonar.
Toca el claro misterio de sus aguas,
su cuerpo siempre haciéndose, la piel
esquiva de su música
a cada instante repetida y nueva.
Y, al fin, cuando también
se seque entre tus manos,
escúchala, no dejes
de escucharla, que aún continuará
sonando todavía.

Bajo una luz lejana
y sucia de tormenta,
está asomando todo en este yermo
ajeno de extrarradio,
está todo mostrándose
en su extensión poblada
de lodo y herbazales,
de cardos y desechos,
de aquello que ya es
dominio de la nada
y duerme en las afueras de sí mismo.
Somieres con herrumbre,
neumáticos, cascotes, vidrios, prendas
raídas, latas, bolsas.
Ya todo confundido
en un desorden propio que acumula
semanas, meses, años.
De pronto, entre dos nubes, tras la lluvia
vivaz del aguacero, se ha encendido
el paso de la tarde en el azogue
turbio y solo de un charco,
en un instante el leve
fulgor de su hermosura.

Está otra vez poblándonos
el día al vaciarse
de calles y de horas,
está otra vez abriéndose
abril con la serena
granazón del recuerdo,
y crece en clara hondura
y limpia intimidad de nuevo el aire.
Porque vuelve a encenderse
el tiempo y, en su luz,
vuelvo a esta vieja foto de la infancia:
nos miran desde dónde nuestros ojos
con su fulgor primero
y, a nuestra espalda, el sol
comienza a declinar.
En un momento apenas, sin embargo,
al mirarla al trasluz,
he visto cómo
el sol la atravesaba hasta dejarnos
ausentes, confundidos con la tarde.

Destella en un cristal
tirado en la escombrera el alto añil
del día y estoy viendo todo ahora
al fin reunido y claro en este resto
ajeno y ya inservible.
Abandonado, sucio,
mordido por la lluvia, aún retiene
el limpio sol de la mañana, el trémulo
verdor de la arboleda
o la belleza huida de la tarde.
Y al fin lo he visto, al fin
comprendo que su ruina es su fulgor
y su olvido su lumbre aun más cierta.
Y en su reflejo humilde puedo vernos,
en este torpe brillo que también
somos siempre nosotros.
Porque dice la luz y en la luz canta,
pero nunca es la luz.

Tras el canchal más alto,
todavía
asciende la mañana hasta llegar
a su más clara lumbre en la extensión
desierta de la altura.
Velado en el azul, el propio azul
invade todo y es
azul el llano, azul
el humo leve y yerto
de sus límites.
Allí, en la cumbre sola,
unánime de sol y mediodía,
miré las horas ebrias de fulgor.
Miré la luz y vi
arder la nada.

Detrás de la estación,
en la mañana abierta asoma el brillo
de una vía olvidada.

Tan solo ya es visible en este tramo
desnudo. Más allá,
invadida de tiempo y de maleza,
ahogada en el verdor,
se pierde en el trazado
de su propio abandono.
No pesan ya las vidas
que alguna vez sostuvo,
no pesan ya los años
y ahora se confunden
en esta misma levedad del día
hondo de primavera,
en este olvido fértil, incesante:
hierbas, cardos, retamas y, a lo lejos,
piornos encendidos
con la apretada lumbre de su flor.
De nada sirven sus raíles ya,
de nada sus traviesas
y, sin embargo, ahora
está mostrando todo su sentido:
resplandece un momento
para adentrarse al fin en la espesura
camino de su nada.

GANADORES DEL PREMIO DE POESÍA BLAS DE OTERO DE MAJADAHONDA

- I Joaquín Márquez, 1989. *Plantaciones de Lúpulo*
- II José Luis Morales Robledo, 1990.
Por las deshabitadas arboledas
- III Valentín Arteaga, 1991. *Manual de ceremonias*
- IV Teresa Núñez González, 1992. *Noviembre*
- V Enrique Gracia Trinidad, 1993. *Restos de almanaque*
- VI José Antonio Ramírez Lozano, 1994. *Azogue impuro*
- VII María Sanz, 1995. *Tanto vales*
- VIII Ramón García Mateos, 1996.
Triste es el territorio de la ausencia
- IX José Luis Gómez Torre, 1997. *Contra los espejos*
- X Francisco Domene, 1998. *Falso testimonio*
- XI Ángela Reyes Jiménez, 1999. *Carméndula*
- XII Pedro Anreu López, 2000. *Partida entre canallas*
- XIII D E S I E R T O, 2001. -----
- XIV Rafael Courtoisie, 2002. *Casa de cosas*
- XV Francisco García Marquina, 2003.
El equipaje del Naufrago
- XVI José Luis García Herrera, 2004. *Mar de Praga*
- XVII Juan Ramón Barat Dolz, 2005. *Malas Compañías*
- XXVIII Manuel Jurado López, 2006. *La esfera de plata*
- XIX Alejandro Céspedes Díaz-Gutiérrez, 2007. *Aurelia*
- XX Francisco Javier Vázquez Losada, 2008. *La vida en un día*
- XXI Emilio Porta (Emilio González González.), 2009. *Corales*
- XXII Ana María Montojo Micó, 2010. *La niebla del tiempo*
- XXIII Ángel González Quesada, 2011. *Papeles del Cautivo*
- XXIV Miguel Sánchez Robles, 2012. *Materia predilecta*
- XXV Luis Miguel Rodrigo González, 2013. *Mala letra*
- XXVI Darío Frías Paredes, 2016. *Apuntes de invierno*
- XXVII M^a Antonia Velasco Bernal, 2016. *La cabeza y un zapato*
- XXVIII Javier Bozalongo Antoñanzas, 2017.
Todas las lluvias son la misma tormenta
- XXIX Sergio García Zamora, 2018. *La canción del crucificado*
- XXX Ignacio Sánchez, 2019. *Balada de intemperie*